



AVISO LEGAL

Artículo: Geopoética del Caribe

Autor: Weinberg, Liliana Irene

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 5, año VIII, núm. 47 (septiembre-octubre de 1994), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Weinberg, L. I. (1994). Geopoética del Caribe. *Cuadernos Americanos*, 5(47), 149-158. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1994 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos específicos en esta licencia.

GEOPOÉTICA DEL CARIBE

Por *Liliana Irene* WEINBERG
CCYDEL, UNAM

El Caribe en el ensayo latinoamericano

EL ENSAYO LATINOAMERICANO ha ofrecido diversas imágenes-concepto del Caribe, desde las que lo consideran un nuevo Mediterráneo hasta las que lo interpretan como una Babel o un mosaico cultural. Cuando los ensayistas latinoamericanos buscan a su vez asignar un lugar al Caribe en la historia y la geografía americanas, lo redescubren en un doble carácter de centralidad y aislamiento. En efecto, la presencia del mar, que podría permitir a la región, como a tantas civilizaciones, comunicarse y fundar cultura, en muchos casos ha implicado paradójicamente aislamiento y balcanización. Impresiona a nuestros ensayistas el predominio del mar en la región, que le otorga sus rasgos de insularidad, extrema diversidad y plasticidad. Atrae también a muchos de ellos el carácter de "Nuevo Mundo" asignado a América a partir de las primeras avanzadas europeas en el Caribe. Y he aquí una nueva paradoja: el Caribe, que representó en el siglo de su descubrimiento el confín del mundo, *extremo occidente* y a la vez *extremo oriente*, pasó luego a ser considerado (piénsese por ejemplo en los esfuerzos por construir pasos interoceánicos) llave del mundo, zona de encuentro de las grandes potencias. De allí que la presencia del mar en el Caribe empezara a constituir poco a poco un tema de gran peso, un tema con su propia historia, una verdadera *geopoética* del Caribe.

El Caribe ingresa a la historia europea como principio y fin del orbe, su alfa y omega, como lo concibió el propio Colón, ya que al dar un paso más allá de los confines del mundo conocido por Europa, al avanzar hacia su extremo occidente, los navegantes buscan y creen encontrar los extremos del oriente rico en imperios, tesoros y leyendas. De este modo el Caribe comienza a ser explorado por lo que no tiene y definido por lo que no es, a partir de intereses ajenos a la región.

La tan temprana denominación de América como "Nuevo Mundo" ilumina de otro modo esta misma cuestión: ¿Renovación o absoluta novedad? ¿Continuidad del viejo mundo conocido o mundo nuevo? ¿"Nuevo" en un sentido estrictamente geográfico o "nuevo" en un sentido filosófico y moral, conforme a la visión utópica de ciertos renovadores del pensamiento europeo?

Muchos escritores son conscientes también de que el Caribe constituye una entidad con características propias a la vez que ha protagonizado múltiples procesos históricos y culturales que anticipan, encabezan o sintetizan procesos vividos por toda América Latina, con diferencias específicas pero con notas comunes a otros contextos americanos.

Mundo descubierto antes que la Contrarreforma apagara en España las luces renacentistas, el Caribe se convierte tempranamente en puerta de entrada de las potencias al continente americano y en escenario de las primeras experiencias de conquista, algunas de las cuales —como la empresa colombina y la forma más temprana de la hueste indiana, prácticamente autofinanciadas y con mínimo control del aparato metropolitano— se forjan y se someten a prueba en la región. La conquista se prolongará con la afluencia de sucesivas oleadas de población inducidas por el interés de las diversas potencias y se traducirá en una pronta y extrema afluencia de razas, lenguas y culturas que convertirán al Caribe en un "archipiélago de siete colores", como lo llamó Germán Arciniegas.

También en el ámbito literario y artístico, el Caribe ha sido fuente de varios movimientos renovadores que comparten, siempre con características específicas, procesos que se han dado en otras regiones de América. Pienso en el modernismo a la vez cubano y latinoamericano de José Martí. Pienso también en la poética de Aimé Césaire y Nicolás Guillén. Pienso en la renovación pictórica de Wifredo Lam. Pienso en la estética de lo real maravilloso, teorizada por Alejo Carpentier, o en la recuperación del barroco americano encabezada por el mismo Carpentier y Lezama Lima. El dominicano Pedro Henríquez Ureña, uno de los más grandes críticos que ha dado nuestra América, nos ofreció la primera gran síntesis contemporánea de nuestra vida artística y cultural. Macondo es a la vez caribeño y americano. *Omeros*, el gran canto épico americano, esperado y presagiado por Hostos y más tarde por Arciniegas, es una de las más grandiosas pinturas del Caribe a la vez que de toda experiencia colonial, con una Helena mulata no menos hermosa que la de Troya, pero que lleva un traje de segunda mano que un

día fue de su patrona blanca y unos zapatos baratos comprados en un mercado cualquiera que tanto puede encontrarse en Santa Lucía como en la ciudad de México o Río de Janeiro.

El Caribe y la América Latina no son pues entidades independientes, sino, muy por el contrario, asociadas en experiencias, historia y destino. A partir de esta intuición, nuestra ensayística ha privilegiado también ciertos momentos clave en la historia de la región, como los que corresponden a la primera etapa del descubrimiento, instauración y reforzamiento de la relación colonial por parte de las potencias europeas y su posterior relevo por la política expansionista norteamericana. A partir de los años sesenta la Revolución Cubana se constituyó en el parteaguas de muchas reflexiones latinoamericanas. También lo fue, sin duda, la posición latinoamericanista y anticolonialista de José Martí, en la pluma, por ejemplo, de Juan Marinello, Leopoldo Zea o Roberto Fernández Retamar. Por otra parte, la revolución haitiana, precursora de muchos movimientos independentistas continentales, y las asombrosas biografías de sus líderes llamaron la atención de ensayistas como Gérard Pierre-Charles y alcanzaron dimensión universal en la obra de Alejo Carpentier.

Al cumplirse el quinto centenario del descubrimiento de América se volvió a la interpretación del momento mismo de la conquista del Caribe, con un particular énfasis en los problemas del discurso colombino y del discurso europeo sobre el bárbaro y el salvaje, retomando desde una perspectiva más cercana a la semiótica y la antropología simbólica el tema de la oposición Ariel-Calibán, inaugurada por los ensayos antinorteamericanos del joven Darío y por el *Ariel* de Rodó, y particularmente desarrollada desde una posición anticolonialista por Roberto Fernández Retamar y Leopoldo Zea.

Por otra parte, también en años recientes, la incorporación de la categoría de lo imaginario, como los modelos de lo real maravilloso y del barroco americano, ha permitido ofrecer una visión trastrocadora de la historia del Caribe a través de la creación y del lenguaje, visión que culmina con la épica de Derek Walcott.

Queremos desde esta perspectiva proponer una posible clasificación de los textos ensayísticos dedicados a estudiar la relación del Caribe con el resto de América Latina en tres grandes grupos: aquellos que se refieren al Caribe histórico, los que se preocupan por el Caribe utópico y, finalmente, aquellos que se refieren al Caribe imaginario. Entre los primeros se cuenta la *Biografía del Caribe*, de Germán Arciniegas, así como los múltiples ensayos dedicados a

temas particulares en un afán de entender la realidad histórica de la región. Entre los segundos se encuentran los textos de autores que, como Alfonso Reyes o Ezequiel Martínez Estrada, vinculan el descubrimiento del Nuevo Mundo —particularmente la experiencia de exploración de las Antillas— a la instauración del ideal utópico. Tal es el caso de “El Nuevo Mundo, la isla de Utopía y la isla de Cuba” de Martínez Estrada. El tercer grupo, por su parte, corresponde a los ensayistas (muchos de ellos también novelistas) que proponen una reinterpretación de la compleja realidad de la región a partir de un modelo —o antimodelo— poético. De allí la importancia que cobran intuiciones como la estética de lo real maravilloso carpenteriano, el realismo mágico llevado a su punto más alto por la narrativa de García Márquez, la recuperación del barroco americano y el concepto de era imaginaria elaborado en *La expresión americana*, del propio Lezama.

En las primeras páginas de su *Valiente mundo nuevo*, Carlos Fuentes da reconocimiento a estos novedosos enfoques de la realidad latinoamericana, cuando plantea, entre otras preguntas, las siguientes:

¿Inventión de América, deseo europeo de un nuevo espacio que diese cabida a la energía excedente del Renacimiento? Pero también, entonces, inventión de Europa por “la expresión americana” que se siente parte de Europa, pero que le muestra a Europa su rostro mestizo, rayado de indígena y negro. Y, sobre todo, quizás, imaginación de América, afirmación de que el continente no acaba de ser descubierto por sus hombres y mujeres.¹

Y más adelante escribe, respecto de nuestro colombiano universal: “Con *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, lo que sucedió fue que el vasto espacio natural del Nuevo Mundo fue finalmente conquistado por un tiempo humano, es decir, imaginativo, igualmente vasto”.²

Curiosamente el propio García Márquez, en *La soledad de América Latina*, discurso-ensayo leído al recibir el Premio Nobel, tras hacer un recuento de la “realidad descomunal” de nuestro continente, dice:

Me atrevo a pensar que es esta realidad descomunal, y no sólo su expresión literaria, la que este año ha merecido la atención de la Academia Sueca de las

¹ Carlos Fuentes, *Valiente mundo nuevo. Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*, México, FCE, 1990, p. 9.

² *Ibid.*, p. 18.

Letras. Una realidad que no es la del papel, sino que vive con nosotros y determina cada instante de nuestras incontables muertes cotidianas, y que sustenta un manantial de creación insaciable, pleno de desdicha y de belleza... Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines, todas las criaturas de aquella realidad desaforada hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida. Éste es, amigos, el nudo de nuestra soledad.³

El mar Caribe, nuestro Mediterráneo

UNA de las más fuertes imágenes de la región que han ofrecido nuestros ensayistas corresponde a la asociación mar Caribe-mar Mediterráneo. Ésta no es sólo una equiparación afortunada —y casi obligada— entre dos regiones del planeta signadas por un destino de cara al mar: hay en ella un importante trasfondo ideológico sobre el que quiero reflexionar brevemente. Recordemos, por empezar, que en los propios Estados Unidos se manifiesta tempranamente la concepción del Caribe como zona hegemonizada por esa nueva potencia, esto es, como “su” propio Mediterráneo.

A las visiones del Caribe como Mediterráneo de expansión se opondrán diversas visiones del lado latinoamericano. Pensemos, para tomar dos ejemplos contrastantes, que en opinión del dominicano Pedro Henríquez Ureña, el Caribe y el Atlántico representan para América lo que el Mediterráneo significó para la civilización europea occidental. El ensayista compara la gran familia latinoamericana con la Romania, “entidad colectiva de cultura”, y piensa con optimismo en una América capaz de superar la unidad artificialmente impuesta por la política imperial, para alcanzar, no el desmembramiento y el provincianismo, sino la unidad cultural en la diversidad que lograron los antiguos integrantes de la Romania.⁴ Para el argentino Ezequiel Martínez Estrada, en cambio, el mar americano habrá de estar marcado siempre por el estigma colonial, de tal modo que la experiencia americana se asimila más a la afri-

³ Gabriel García Márquez, “La soledad de América Latina”, reproducido en Cathy Maree, comp., *500 años del ensayo en Hispanoamérica. Antología anotada*, Pretoria, The University of South Africa, 1993, pp. 465-471.

⁴ Cf. Pedro Henríquez Ureña, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, en *Obras completas*, t. 6, p. 23; para un estudio más detallado de este tema, véase mi artículo “Diálogo sobre España y América”, *NRFH*, 40 (1992), pp. 807-821.

cana y asiática que a la europea.⁵ Entre estas posiciones contrastantes se encuentran, como sabemos, múltiples y diversas soluciones a la confrontación entre el nuevo y el viejo mundo.⁶ Como vemos, no se trata de una asociación simple del mar Caribe y el Atlántico con el Mediterráneo, sino de una asociación de sentido entre dos entidades culturales. El precedente más importante para esta asociación se encuentra ya en la *Carta de Jamaica*, donde Bolívar escribe:

Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil. Yo considero el estado actual de la América, como cuando desplomado el Imperio Romano cada desmembración formó un sistema político... con esta notable diferencia, que aquellos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones con las alteraciones que exigían las cosas o los sucesos; mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallábamos en el caso más extraordinario y complicado...⁷

He transcrito *in extenso* este pasaje que sigue a la tan recordada caracterización de los americanos como “un pequeño género humano”, porque en él se hace evidente la aguda percepción de Bolívar en cuanto a las semejanzas y diferencias entre el imperio español y el romano: el caso de los americanos es más extraordinario

⁵ Cf. Ezequiel Martínez Estrada, “El colonialismo como realidad”, en *Diferencias y semejanzas entre los países de la América Latina*, México, UNAM, 1964, pp. 23-28; hay reedición de esta obra, con prólogo de Liliana Weinberg de Magis y cronología y bibliografía de Horacio Jorge Becco, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1992.

⁶ Citemos, por ejemplo, la de Arturo Uslar Pietri, quien, si bien asimila la experiencia americana a la griega y a la española, lo hace en cuanto todas ellas se dieron en “zonas críticas de encuentro”, de tal modo que, en su opinión, el mestizaje es, más que mezcla y armonía, “la creadora confluencia de vertientes contrarias”; cf. Arturo Uslar Pietri, “El mestizaje y el nuevo mundo”, en su obra *En busca del Nuevo Mundo*, México, FCE, 1969, pp. 9-26.

⁷ Simón Bolívar, “Carta de Jamaica”, o “Contestación de un Americano Meridional a un caballero de esta Isla”, Kingston, 6 de septiembre de 1815, reproducida en *Doctrina del Libertador*, prólogo de Augusto Mijares, compilación, notas y cron. de Manuel Pérez Vila, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, p. 62.

y complicado que el de la cultura latina, puesto que se da en nosotros una mezcla entre legítimos propietarios explotados e ilegítimos propietarios o usurpadores. Bolívar es consciente no sólo de la presencia definitoria del mar en nuestra historia, y de la posibilidad de una asociación entre nuestra cultura y la civilización mediterránea, sino también de la existencia de una compleja relación colonial tal que los mares que podrían darnos la libertad nos cercan. A futuro, piensa Bolívar, “la magnífica posición entre dos grandes mares” de la región del istmo de Panamá podrá convertirla en “el emporio del universo”:

...sus canales acortarán las distancias del mundo; estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia; traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra.⁸

En Bolívar están ya contenidos estos temas básicos que reiterarán con posterioridad muchos ensayistas: la presencia clave del mar en nuestra historia, la posibilidad o no de asociación de nuestro destino con el destino de la cultura latina en torno al Mediterráneo, el carácter dual de un mar que puede unir o separar, vincular o aislar.⁹

Para escritores como Hostos y Martí, el mar ha representado sobre todo la opresión colonial, española primero, norteamericana después: es el mar del tráfico y de la esclavitud. Pero el mar podrá convertir también a América —como lo anunció Bolívar— en el “centro de gravedad del mundo”. Así lo escribe Hostos en *El día de América*. En ese mismo texto apunta:

En el momento de aventurarse el Descubridor en las “tinieblas” del Atlántico, este camino de la civilización yacía desierto. La humanidad no había sa-

⁸ *Ibid.*, p. 72.

⁹ De la importancia geopolítica del mar fueron conscientes muchos otros de nuestros libertadores. En su “Proclamación a los pueblos del continente americano”, tras hacer un recuento de la opresión política y social de que ha sido víctima América por parte del imperio español, dice Miranda: “Y si se añade a esto que la simple navegación de los ríos, el tránsito de muchos caminos, la comunicación de un puerto a otro sobre nuestras mismas costas, y la sola proposición de abrirnos canal de navegación en el Istmo de Panamá han sido o son actualmente crímenes capitales en el Código español; ¿entonces se podrá formar una idea del abominable sistema con que la España ha gobernado estos países?”, reproducido en Leopoldo Zea, comp., *Fuentes de la cultura latinoamericana*, México, FCE, 1993, vol. I, p. 363.

bido utilizar la fuerza civilizadora que, en el plan de la naturaleza, era él, como son todos los océanos. Tan pronto como Colón lo recorrió, el Atlántico fue un elemento de civilización.¹⁰

Anuncia Hostos la llegada de una gran épica americana, capaz de superar la homérica:

Sin duda fueron grandes motivos épicos la evolución de la raza helénica que Homero o los homéridas cantaron; sin duda fue grande el prototipo nacional que cantó el épico de Roma... pero un día será cierto en la Historia de la Literatura universal, que el Descubrimiento, la Independencia, la vida comprendida de toda la humanidad en América y el ideal americano de una civilización universal, son elementos épicos tan superiores a todos los utilizados por los poetas épicos de Europa y Asia, como es más humana, más extensa, más completa la vida del Nuevo Continente.¹¹

Geopoética del Caribe

PARA terminar, recordemos que en el admirable prefacio a su *Biografía del Caribe*, Germán Arciniegas se refiere al XVI como el siglo crucial en que un mundo somnoliento y provinciano crece en proporciones gigantescas cuando surgen al conocimiento nuevos mares, océanos y continentes:

Todo este drama se vivió, tanto o más que en ningún otro sitio del planeta, en el mar Caribe. Allí ocurrió el descubrimiento, se inició la conquista, se formó la academia de los aventureros... Cuanto hombre o mujer grande hubo en Europa, se vinculó a la aventura central del mar Caribe... El mapa del mundo se hizo en el siglo XVI con un trapo, unas tablas y unos cuchillos. Estas tres cosas forman el verdadero escudo de armas del Caribe.¹²

Para escribir su *Biografía del Caribe*, opta Arciniegas por relacionar la región con la que surge en torno al Mediterráneo. El primer capítulo de su obra, que lleva por título "Del mar grecolatino

¹⁰ Eugenio María de Hostos, *El día de América*, reproducido en *Zea*, comp., vol. 1, p. 277.

¹¹ *Ibid.*, p. 279.

¹² Germán Arciniegas, *Biografía del Caribe*, 9a. ed., Buenos Aires, Sudamericana, 1966, pp. 11-12.

al mar de los Caribes'', comienza de esta manera: ''En el principio fue el Mediterráneo''. El Mediterráneo es el gran árbitro de la civilización y la barbarie:

Todo lo que a sus costas se acerca, queda tocado de manos azules. Lo que de él se aparta, se hace turbio, pavoroso... En los textos de historia se habla de Occidente; de los pueblos de Oriente; del mundo antiguo... el sujeto es el mar, mejor dicho, el Mediterráneo. El verbo, navegar. Ese mar es no sólo la única realidad histórica, sino la imagen poética en que se expresan todas las luchas, trabajos e ilusiones de unos cuantos siglos. Porque hubo esa época marina en que la geografía política no estaba en Tierra Firme, sino pintada sobre sus olas...¹³

Con la caída del Imperio Romano, ''el mundo se olvida del mar Mediterráneo''. Sin embargo, siglos después, el renacimiento supone un regreso al mar grecolatino. Por fin, la empresa colombina implicará un enorme cambio para Europa y para América: cuando llegaron las naves de Colón, el Caribe pasó, de súbito, a ser cruce de todos los caminos:

Por primera vez los pueblos de este hemisferio se vieron las caras. Y se las vieron las de todo el mundo. De Europa llegaron los que venían a hacer su historia, a soltar al viento una poesía nueva. *El Caribe empezó a ensancharse y fue el mar del Nuevo Mundo*.¹⁴

Esta oscilación entre geopolítica y poética, esta geopoética de Arciniegas, es tal vez una de las formas más felices de expresión del Caribe, sitio de conquista real e imaginaria:

Y así, este mar salvaje, con sus palmas de corozos y sus indios que comían yuca y fumaban tabaco, se tuvo por almacén de fantásticos tesoros... *Y el Mediterráneo y el Caribe quedan así frente a frente, por primera vez en sus historias*. Dos espejos mágicos: el uno retrata la imagen de los tiempos antiguos; el otro, la de los tiempos por venir.¹⁵

A pesar de ciertas tendencias de reciente importación que piensan al Caribe como una entidad independiente del resto de la América Latina, en el ensayismo latinoamericano predomina una

¹³ *Ibid.*, pp. 15-16.

¹⁴ *Ibid.*, p. 21; el subrayado es nuestro.

¹⁵ *Ibid.*; el subrayado es nuestro.

visión comprensiva y comprehensiva de América Latina, que piensa al Caribe como parte, como metonimia y metáfora de la experiencia latinoamericana.

Mar y tierra, unidad y diversidad, puente y abismo, concierto y huracán, Apolo y Dionisos, épica e historia, encuentro y desencuentro, utopía y rebelión: éstas son algunas de las imágenes-concepto contrastantes del Caribe que nos ofrece el ensayismo latinoamericano.

Sirvan estos breves ejemplos para mostrar la necesidad de un estudio de la geopoética del Caribe en nuestro ensayismo. Este tipo de estudios complementará y enriquecerá los enfoques que se dediquen a la región desde la historia y las ciencias sociales.

Mucho se ha dicho ya que el ensayo trabaja imágenes-concepto, esto es, que hace explícitos aquellos elementos temporales, espaciales, culturales, ideológicos, que acompañan a la imagen que sólo por abstracción podemos considerar pura y ahistórica. Los ensayistas, creadores-críticos, apelan a operaciones poéticas cercanas a la imaginación, apoyadas a su vez en procesos contextualizadores y rehistorizadores, para ofrecernos una intuición razonada de este vasto mundo americano.